






BOLETÍN
LETRAHERIDOS
Febrero 2019

 Organizador: **Juan Pablo Fuentes**
Cuchitril literario
www.liblit.com

 Maquetador: **Sergio Bonavida Ponce**
Un tranquilo lugar de aquiescencia
www.untranquilolugardeaquiescencia.com

 Ilustración de portada: **Rita Muñoz**
Instagram
[@ritixart](https://www.instagram.com/ritixart)

 Especiales gracias a **Calàbria 66**.
Espacio vecinal para actividades culturales.
<http://www.calabria66.net/>

El boletín letraheridos es una publicación sin ánimo de lucro. La lectura de esta publicación es responsabilidad exclusiva de cada usuario. Los creadores del boletín no se hacen responsables de los textos enviados por los autores adscritos al mismo. Cada autor asegura que los textos enviados son de su autoría y expresan únicamente sus fantasías y opiniones. La lista de libros recomendados, conjuntamente con el nombre de sus respectivos autores, puede contener errores.
© Boletín letraheridos 2018

PRÓLOGO

Empezamos a organizar los encuentros de letraheridos con varias ideas en mente.

Una, poder hablar de libros y literatura alejados del esquema clásico del club de lectura, que obliga muchas veces a leer libros que no nos gustan. Al escuchar varias recomendaciones uno puede elegir aquella que le llame más la atención, tener un abanico más amplio en el que escoger y charlar sobre autores que se hayan leído en común.

La **segunda** era crear la obligación de escribir un relato para cada encuentro. La única manera de mejorar en algo es practicándolo y con frecuencia tenemos las ideas pero no la motivación para sentarnos a escribirlas. En el transcurso de los dos años que llevamos en marcha se han leído muchos cuentos y doy fe de que cada vez son mejores.

Una **tercera** motivación era propiciar un encuentro entre personas a las que les gusta leer y otras a las que les gusta escribir, que suelen coincidir pero no siempre. Los escritores tenían un público,

los lectores cuentos en primicia y se rompen las barreras entre creador y receptor.

Debo confesar que, con el paso del tiempo, lo mejor de estas reuniones ha sido lo que no teníamos previsto desde el principio. La creación de un grupo de amigos con los que tener una agradable charla y que se han convertido, al menos en mi caso, en la principal razón para no faltar ni un sábado.

Gracias a todos los que hacéis posible letraheridos.

Juan Pablo Fuentes

HERINDÍCETRA

PRÓLOGO 3

LECTURAS..... 7

19 de Enero de 2019 8

2 de Febrero de 201911

16 de Febrero de 201914

TEXTOS..... 17

Miriam Jareño Comellas18

Uh uh dijo el buho.....18

Rosa Reis León22

 El cuento22

Toni Duque.....24

 Onironía 1.....24

S. Bonavida Ponce.....31

 Conversaciones de *Mi y Conmigo Mismo*.....31

 Recuerdos de una guerra acróstica.....35

Montse González de Diego36

 El vuelo de las palomas Parte I (de dos)36

Silvia Fortuny43

 El joyero43

Juan Pablo Fuentes50

 Amazon pone a una inteligencia artificial a
 escribir best-sellers.....50

EVÉNTRIDOS 53

10-Enero-201954

26-Enero-201954

02-Febrero-2019	55
17-Febrero-2019	55
ESTADÍSTICAS DE LAS LECTURAS	56
Autores por nacionalidad	57
Decadas de publicación	58
LETRINUARÁ...	59

LECTURAS

19 de Enero de 2019

📖 Mireia

«Anna»

María Irazoqui Levi

📖 María

« Habitaciones y otras piezas breves »

Soseki Natsume

📖 Juan Carlos

« Los demonios »

Fyodor Dostoyevsky

📖 Miriam

« Las cárceles de Piranesi »

Varios autores

📖 Sergio

« De que hablamos cuando hablamos de amor »

Raymond Carver

📖 Blai

« El hombre sin atributos »

Robert Musil

📖 Rosa

«Cicatriz»

Sara Mesa

📖 Dani

«Breve guía de lugares imaginarios»

Varios autores

📖 Raquel C.

«Battle Royale»

Koushun Takami

📖 Erika

«La chica del diario rojo»

Antoine Laurain

📖 Laura

«Plop»

Rafael Pinedo

📖 Vitorio

«City of endless night»

Preston Child

📖 Maite

«Biografía del Cordobés (o Llevarás luto por mí)»

Varios autores

📖 Juan

«El hogar de Miss Peregrine para niños peculiares»

Ransom Riggs

📖 Juan Pablo

«El desguace de la tradición»

Javier Aparicio Maide

2 de Febrero de 2019

📖 Sandra

«Canción dulce»

Leila Slimani

📖 Miriam

«Narrativa completa de Howard Phillips
Lovecraft Vol. 1»

H.P. Lovecraft

📖 Montse

«Anais Nin»

Diario I (1931-1934) de Anais Nin

📖 Sergio

«Historia de dos ciudades»

Charles Dickens

📖 Jordi

«You»

Caroline Kepnes

📖 Flora

«Demian»

Herman Hesse

- 📖 Eulalia
«La araña negra»
Vicente Blasco Ibáñez
- 📖 Patricia
«Las armas secretas»
Julio Cortázar
- 📖 Gemma
«Americanah»
Chimamanda Ngozi Adichie
- 📖 Alejandro
«Me llamo rojo»
Orhan Pamuk
- 📖 Angel
«El nombre del viento»
Patrick Rothfuss
- 📖 Juan
«Tic Tac»
Dean Koontz
- 📖 Rosa
«Una habitación ajena»
Alicia Giménez Bartlett

📖 Toni

«Cuando Dios aprieta, ahoga pero bien. Cándida, memorias de una asistenta»

Guillermo Fesser

📖 Silvia

«Don Juan»

Molière

📖 Laura2

«El bestiario de Axlin»

Laura Gallego García

📖 Juan Pablo

«Ensayos»

Michel de Montaigne

📖 Raquel C.

«Voces de Chernóbil»

Svetlana Alexievich

16 de Febrero de 2019

📖 Mayte

«Memorias de una geisha»

Arthur Golden

📖 Juan Carlos

«La tela de araña»

Joseph Roth

📖 Juan Carlos

«La liebre con ojos de ámbar»

Edmund de Waal

📖 Juan Carlos

«Historia de un alemán»

Sebastian Haffner

📖 Laura

«Argelagues»

Gemma Ruiz

📖 Sandra

«En la casa del intérprete»

Ngûgî wa Thiong'o

📖 Miriam

«Wad-Ras»

Joan Miquel Capell

- 📖 Flora
«El elogio de la sombra»
Jun'ichiro Tanizaki
- 📖 Dani
«Mitología del pulpo»
Roger Caillois
- 📖 Juan Pablo
«Contemplaciones»
Miriam Jareño Comellas
- 📖 Juan Pablo
«L'home de deu»
Mireia Vancells
- 📖 Juan Pablo
«Caída libre»
Neus Arqués
- 📖 Sergio
«La lotería»
Shirley Jackson
- 📖 Patricia
«Zero Limits»
Joe Vitale

📖 Karolina

«El telescopio de Schopenhauer»

Gerard Donovan

📖 Toni

«Los siete pecados capitales del imperio alemán en la primera guerra mundial»

Sebastian Haffner

📖 Raquel C.

«Soy yo, Édichka»

Eduard Limonov

📖 Angel

«La broma asesina»

Alan Moore

📖 Juan

«Si esto es un hombre»

Primo Levi

📖 Silvia

«L'art de porter gavadina»

Sergi Pàmies

TEXTOS

Miriam Jareño Comellas

Uh uh dijo el buho

Has de saber, mi niño, que todos los animales que existen en la naturaleza son especiales, únicos, y tienes que conocerlos y quererlos por lo que son.

Hoy me toca hablar del búho.

Nuestro amigo con alas suele vivir de noche, y en bosques o zonas con muchos árboles. Por aquí no lo vas a ver con facilidad... Pero de eso ya nos encargaremos.

¿Sabes por qué tiene los ojos tan grandes? Pues verás, este pájaro nocturno ha de estar atento a todo cuando no hay mucha luz, así que necesita verlo todo perfectamente y sin perderse ni un solo detalle. Y la madre naturaleza, que es muy sabia, le dio ese par de faroles en su cara.

En el principio, los búhos vivían libres y campaban a sus anchas allá donde se sentían a gusto. Y no tenían necesidad de hablar mucho, de vez en cuando soltaban

un *Uh Uh* para avisar a sus amigos de que andaban por ahí, pero poco más.

El caso es que, a medida que el planeta fue evolucionando y nosotros con él, a estos pájaros los fuimos desplazando de sus tierras, y a veces no fuimos todo lo buenos que debiéramos. Los búhos no fueron agresivos con nosotros, se limitaron a irse desplazando y quedándose allá donde podían. Y os observaban, se fijaban en cada uno de nuestros movimientos para saber cómo íbamos a comportarnos con sus hermanos, primos y demás aves de la especie.

Uh uh, Uh uh, iban hablando entre ellos cada vez que algo nuevo y extraordinario sucedía a su alrededor. Pero también nos estaban avisando a nosotros para que les dejásemos tranquilos. Y claro, como el ser humano no habla el lenguaje de los búhos, pues no le supo comprender. Y ocurrió lo que, por desgracia, debía ocurrir: se volvieron agresivos.

Este ave, que en principio solo se enfadaba con los seres inferiores a los que tenía que cazar para sobrevivir, comenzó a

hacer daño a los humanos también para garantizarse su supervivencia, ya que éstos (los humanos), lejos de temerle como un depredador que era, vieron en él algo fascinante, mitológico, quizá divino, y se empeñaron en darle caza no porque lo necesitara, sino para exhibirlo como un trofeo, como una joya. Y claro, los humanos siempre fuimos muchos más que los búhos, así que esa guerra la iban perdiendo nuestros amigos de ojos grandes y cara de sabios.

Por suerte para ellos, las personas comenzaron a darse cuenta de que si seguían matando búhos por diversión se extinguirían, y salieron grupos que se dedicaron a salvarles.

Hoy en día no quedan tantos como sería deseable, y algunos incluso están en peligro.

Por eso, mi pequeño, he decidido contarte esta historieta acerca de un animal que a mí me encanta, y que ojalá te guste a ti tanto como para no soñar jamás con hacerle daño a ninguno.

Porque, ¿sabes? Aunque los búhos sean cazadores, no te atacarán si no les das motivos para ello. Tampoco van a confiar en ti a la primera de cambio; si quieres ganarte el respeto de uno, tendrás que ser paciente, constante y sobre todo tener muy claro que es un pájaro fuerte y que puede hacer daño si cree que le vas a amenazar.

Y hasta aquí el cuento del pájaro de ojos enormes.

Rosa Reis León

El cuento

Las nueve de las noches, era la hora de su cuento, sentada sobre su cama yo relataba los hechos con voz suave, sus ojitos se iban cerrando despacio hasta entrar en el sueño, no sin antes hacer toda clase de gestos. Su preferido era el de Dumbo, aquel elefantito producía en ella estados emocionales diversos, por ejemplo, movía la cabeza a un lado y a otro cuando algo le disgustaba y una sonrisa aparecía en su boca si Dumbo era feliz, a veces clavaba en mí su mirada muy quieta como si aquella ficción y yo fuera lo único a su alrededor.

Traté de cambiar la historia de Dumbo por otras, pero ella se inquietaba si veía en mis manos otro libro con imágenes diferentes.

Una noche después de arroparla y desearla felices sueños, al ir a apagar el interruptor de la luz, con una voz muy

segura y sin balbuceos me dijo «este es el cuento que yo leía a mi hija cada noche».

Y se durmió perdida en el olvido una vez más.

Toni Duque

Onironía 1

La plaza es tan inmensa que no puede abarcarse con la mirada, primero porque nos deslumbran los focos, que aturden nuestra vista como las centellas que se producen al apretar los párpados. Hay sombras heroicas, inmóviles, hieráticas, aquí y allá, pero más que verlas las presentimos. Somos los insomnes, que acabamos siempre encontrándonos en la plaza, vengamos de donde vengamos.

—En este lugar se alzaba el palacio de los antiguos, la acrópolis que fue la primera en caer. La ruina primordial.

(Así hablaba un viejo con el que solía coincidir en estos paseos).

—Sí, aquí tuvo que haber una montaña, por eso ahora hay un vacío. De ahí que no veamos el fin de la plaza. Parece que nuestro mundo del día a día termine aquí, ¿pero sigue allí abajo, no ?

—Si, por los andurriales del cosmos, y rió.

—Digame, ¿ fue siempre así ? A veces recuerdo vivir en otra ciudad, totalmente diferente.

(El otro sonreía con un inicio de sorna).

—Tú eres muy joven para saberlo, pero nosotros os hemos trasmitido esos recuerdos, la memoria de donde provenimos. Nadie sabe muy bien, la verdad, cómo o porqué nos trasladamos, si fue una plaga de la que huíamos, un exilio gozoso o una procesión narcótica aquello que nos sacó de allí.

Sí que recuerdo que un día, al volver de faenar, nos dijeron que no podíamos vivir como lo hacíamos antes, que debíamos cambiar, que debíamos mejorar, que lo que hasta ahora sustentaba nuestra existencia no era válido.

—Pero a veces se habla del terremoto. Que la tierra se sacudió sus miedos en forma de temblor, nos arrojó de nuestras vidas, sacándonos de nuestros hogares, nos recolocó en esta nueva ciudad que previamente había vaciado.

—La tierra siempre se agita, hijo, no deja de hacerlo. Tiembla lo mismo que gira , se aturde con su baile de peonza, como hacen los niños cuando quieren emborracharse. Le aqueja una fiebre como de humano. Pero no lo notamos, nos hemos acostumbrado a su locura como nos hemos acostumbrado a la nuestra.

Del terremoto destructor no sabemos nada, pero de producirse, debió ser aquí; y extendió la mano alrededor. Supusimos que eso fue lo que vació la nueva ciudad para nosotros. Dedujimos al llegar que los últimos habitantes habían alzado inútiles andamios de metal de lado a lado de la calle, para impedir la caída de las paredes, pero éstas se desplomaron igualmente. «Se desmontó su materia de piedra y barro, dijo alguno de nuestros expertos , burlándose de la técnica de los huidos, precisamente por la presión del hierro que debía sustentarla».

Sobre esa red metálica, que ocupaba las calles, reconstruimos la ciudad, la rellenamos de tierra caída. Pero ahora la ciudad era su propio negativo, en lo que fuera el espacio de las casas se abrían ahora

los patios de una única vivienda continua,alzada en lo que fueran calles. El exterior era ahora el interior. Un laberinto acorazado, rígido, por donde se circulaba sin prestar atención a los que comían, copulaban o reposaban.

—¿Durmiendo? —pregunté sin pensar.

—Todos y nadie dormían.

Y siguió:

—En la ciudad no había más cardo y decumano, sino caído y levantado, arriba y abajo, trama y urdimbre . Porque habíamos tejido una red que invertía otra anterior, dejando como nueva plaza este espacio inmenso, vacío, por el que se deshilachaba nuestro tapiz oxidable.

Me fijé al oír esto último, en cómo los focos permitían ver una lluvia fina que empezaba a caer, y cómo el agua elegía en el suelo el itinerario erosivo que le permitía el relieve , perdiéndose en el lado invisible de la plaza.

Le dije al viejo:

—Ahora lo entiendo. La plaza es tan extensa que la curva del planeta esconde su otro extremo.

—No, replicó bruscamente, esta curvatura no es la forma del mundo, es la caída de la noche , es la declinación hacia el despertar.

Pero no me convencía . Parecía molesto por mi suposición, como si quisiera ocultar que la ciudad de la que proveníamos y aquella a la que llegamos era la misma, sólo que en una soñábamos la otra. O que quizá la ciudad era toda la Tierra, que temblaba por la misma inquietud que agitaba a ésta.

El vecino seguía contando sus historias, pero yo ya no las escuchaba. Apenas distinguía ya su sentido , cuando decía :

—No sabemos cómo , pero debimos arrastrar desde nuestra ciudad de origen las estatuas de los ancestros, los códigos en piedra y las insignias de soberanía que nos siguen contemplando desde sus podios, erguidos allí enfrente, aunque ya no los distingamos. Nuestros monumentos debían ocupar el espacio dejado por el gran palacio desaparecido, pero ellos mismos se hacen vacío a su vez. ¿ Sabes ? También hay quien piensa que nos precedieron, que ya nos esperaban al irrumpir en el nuevo hogar,

que nos guiaron en nuestra ruta. Da igual . El hecho es que elegimos qué andamios usaríamos para levantar cada una de nuestras casas, y de las ruinas separamos lo que nos pudiera recordar que aquí habitaron otros, quemamos los registros, volvimos a enterrar las fotos abandonadas. Imaginamos nuevos nombres para esta nueva topografía de vías y vacíos, y les dimos esos nombres a nuestros hijos. Nombres secretos, para musitar confusos durante el sueño, que nunca nos diríamos unos a los otros. Si viniese un forastero preguntando dónde estaba, le diríamos:

El nombre de la ciudad es ciudad.

Al oír esto volví a mirar al viejo, que, señalándome con el dedo, confesó con una voz inédita :

—No es el insomnio, mi joven vecino, lo que nos arroja en medio de la noche a la gran plaza , es en verdad una lógica sonámbula la que nos convoca aquí.

—Pero tú y yo hablamos, estamos despiertos...

—No jovencito, alguien, un vate somníloquo, discurre por nosotros.

—¿ Alguien de allá abajo ? —pregunté ,
señalando el lado oculto, por donde
asomaba una luz nueva.

—O alguien dentro de nuestros
recuerdos.

Y abatió la cabeza de golpe.

Ya rompía el día.



**Para Laura, que en
sueños habla de Roma**

S. Bonavida Ponce

Conversaciones de *Mi y Conmigo Mismo*

*«Pensar es el diálogo del
alma consigo misma»
Platón*

Yo soy yo, y *Mi* es mi alter ego; el alter ego más huraño, negativo y tosco que os podáis imaginar en un ser de esa clase. Por si todo este lío de desdoblamiento de personalidades entre *Mi* y yo no fuera suficiente, hace poco apareció un nuevo elemento que destruyó la dualidad y la convirtió en una tríada; *Conmigo Mismo*, así, con nombre y apellido, se nos presentó *Conmigo Mismo* un buen día.

Yo le saludé con una frase respetuosa pero fría, aun no lo conocía lo suficiente y ya había aprendido del pasado. En su momento, hace tiempo, había saludado efusivamente a *Mi*, antes de descubrir su verdadero carácter, antes de verlo convertido en ese loco desquiciado que me

susurra locuciones extrañas acerca de metaliteratura.

Es lo más prudente que puedo hacer. Mostrar una reserva inicial, tal y como yo lo veo, representa una actitud sabia, o al menos, eso creo.

En cambio, *Mi*, fue taxativo, mandó a la mierda al nuevo, dijo que el señorito *Conmigo Mismo* ya podía irse por donde había venido, pero *Conmigo Mismo* argumentó algo acerca del hipotálamo y de un pequeño bulto negro que le impedía regresar. Quizá fuera una excusa, en todo caso no importaba; ahora Yo, *Mi* y *Conmigo Mismo* tenemos que compartir espacio en este reducto tan pequeño que es mi cerebro. No me malinterpretéis, no es que sea un espacio pequeño, pero claro, tres entes por aquí repartidos, sería como la aparición de los tres reyes magos en el retablo, donde eran pocos y parió María. Esta última frase me la susurró *Mi* al oído, me pareció acertada aunque yo no la hubiera escrito nunca. Respeto, por favor, respeto, que cosas tiene este *Mi*.

En todo caso resulta una enorme problemática andar los tres por la calle en un único cuerpo, acudir a cualquier evento o el simple hecho de ir a una sala de cine se convierte en una tarea hartó complicada, sobre todo cuando los tres competimos por ese recurso lingüístico tan valorado y primordial como es la lengua (la anatómica me refiero, la sin hueso). Porque cuando los tres hablamos al unísono, las personas se giran asustadas para escuchar nuestra *tridiatriba*, que lanzamos incomprensible al aire; por eso me esfuerzo constantemente en callar, en no darles motivos para hablar a mis otros yoes (ellos se enfadan si les llamo yo en plural).

Preocupado por ir todo el día callado, agazapado como un topo bajo tierra y sin poder hablar, deseaba encontrar un lugar tranquilo, un lugar apacible donde pudiera expresarme y dar cabida a todos mis yoes. En esas estaba cuando *Conmigo Mismo* tuvo una ocurrencia, que por una vez aplaudió y secundó Mi. ¿Por qué no nos apuntábamos a un meetup literario? Rápido, di el sí quiero a aquella extravagante idea. Por una vez que

Mi y Conmigo Mismo se ponían de acuerdo, hasta daba pena llevarles la contraria. Al final, la idea resultó un acierto fabuloso, en el meetup de Letraheridos no solo pudimos hablar de manera loca y desordenada de libros, metaliteratura, desvaríos y lecturas varias, sino que descubrimos que estaba repleto de amigos que nos entendían, locos de los libros, apasionados de la literatura, amantes y diletantes de las letras que respondían a nombres tan cercanos, tan queridos, como Tú, Vosotros o Vosotros mismos.

*Gracias Toni, por tu
inspiración, por tus
vacaciones de mí mismo.*

Recuerdos de una guerra acróstica

*«Mañana no disparáis y
nosotros tampoco».
Anónimo
(Nochebuena 1914)*

Te pensé, antes de partir
e imaginé que te escribía.
Queda mañana, aquella de 1914;
un día marchamos a Ypres,
izamos bayonetas, apuntamos al cielo,
e hicimos de Verdún nuestra patria,
rara avis nuestra suerte
obligados a morir aquí.

**A Montse,
mi única patria.*

Montse González de Diego

El vuelo de las palomas Parte I (de dos)

Los discos compactos pendían de la cornisa del edificio. Por el reflejo de la luz diurna, devolvían destellos de colores, tenues, suficientes para alejar a las palomas del balcón en el que su mujer, a menudo y sin indicios de mostrar complejos, se atrincheraba dispuesta a defender, un hábito recién consolidado, trabado al mismo tiempo que los albañiles engarzaban los balaustres al terrado, donde las palomas hacían de la piedra su morada.

Los ojos del arco iris, pensó Julio anudando la cinta que introdujo por el orificio del disco, el penúltimo por colgar, a la balaustrada. Desconocía el verdadero uso de aquellas arandelas irisadas, más allá de la relación que establecía su hijo entre un disco compacto que sacara del bolsillo, durante sus tardes de visita, y algún

cantante de moda o alguna melodía de otra época que Julio acompañaba con el pie, enmudecido por las cuerdas vocales de la nostalgia. En cualquier caso, puestos a espantar palomas, creía más acertada la solución casera de Andrés que la de instalar un ahuyentador con pinchos.

—Son tan infames las palomas —dijo forzando una carcajada.

—Verás la cara mamá cuando vea esto —contestó Andrés al tiempo que pasaba la mano por el cabello—. Me dijo que trajera el ahuyentador hoy mismo.

—Así queda más decorativo. —Sacudió la mano en el aire hacia atrás, hacia los discos compactos, mirando al suelo.

—Le diré que lo he pedido por Internet y que me lo enviarán a casa.

—Muy bien, hijo. Sí, pídelo por Internet.

Andrés agachó la cabeza y rió para sí. Su padre era incorregible, parecía indicar su gesto.

—Llegará, papá. Ya te he explicado cómo funciona.

—Claro que sí. Internet es tan fiable como comprar en una ferretería imaginaria o en la de un sueño. Pero es una idea magnífica. Sí, cómpralo por internet, hijo.

—No lo traeré hasta dentro de dos semanas. Dudo que pueda venir antes, cosas del trabajo. Para entonces te habrás recuperado.

—Sólo necesito un par de días, Dios, no es tanto tiempo. En cuanto limpie el balcón tu madre se olvidará de las palomas. Bien hecho, hijo.

—Vale, pero recuerda que volveré con el ahuyentador. Encárgate tú de convencerla. Yo me lavo las manos.

Julio cogió el bastón apoyado en la pared y masculló algo imperceptible mientras tomaba el brazo de su hijo. Sin lugar a dudas, a juzgar por la incrédula sonrisa de Andrés, había nombrado al apóstol traidor más alto de lo que debió calcular, pero lejos de mostrar arrepentimiento o dar señales de disculpas continuó bajando la escalera cavilando sobre la moda de comprar por Internet, un hábito que empezaba a serle familiar y que

despertaba en él desconfianza y cierta sensación de inutilidad en la que prefería no detenerse. La solución propuesta por su hijo, sin embargo, le pareció aceptable, de modo que no volvería a pensar en el asunto, hasta que unos días más tarde y en una conversación telefónica, Andrés le explicaría que había reclamado el ahuyentador. Tan sólo pensar en aquel trámite, enemigo de la burocracia como era, reafirmaba su negativa a usar la red y a experimentar con todo aquello que la artritis de sus manos no pudiera palpar. Y en un esfuerzo por demostrarse a sí mismo que su rechazo a las nuevas tecnologías se basaba en una elección debidamente sopesada se imaginó solicitando por Internet las postales encontradas en las calles de los mercadillos ambulantes, o comprando en las librerías de segunda mano que frecuentaba. Incluso se figuró completando de igual modo su colección de sellos, sellos que flotaban en un cubo de agua y se despegaban de los sobres esperando uno a uno el rescate. Con lo sencillo que era comprar el ahuyentador en una ferretería, concluyó.

El segundo tramo de la escalera lo bajó con menor dificultad. Notaba cierta mejoría en la rodilla y fue directo, sin embargo, a la tumbona del balcón donde vio los discos ondearse y a su hijo dirigirse al cubo decidido a fregar el suelo. Ni borró Andrés las huellas de las aves salpicadas sobre el terrazo, ni él de su memoria, del pasado siglo, cuando paseaba con Elvira por la plaza Cataluña y, rodeados de palomas, su novia exclamaba que olían a mar. Él contestaba, inútilmente, que las trajeron de la montaña, de Montjuic, para la Exposición Internacional del año veintinueve.

—Cómo saltabas con las palomas —dijo alzando la cabeza y mirando a su hijo.

Andrés esbozó una sonrisa de medio lado. Su padre solía recurrir a las anécdotas campestres más inesperadas, incluso olvidadas por la familia, para amenizar una comida o una tarde de visitas, pero había perdido la costumbre en los dos últimos años, lo que sugería, en cierta manera, que su interés por las aves había desaparecido definitivamente. No había reparado, hasta que su madre le pidió comprar el

ahuyentador con pinchos, en lo absorto que sus problemas personales lo habían mantenido. Julio le señaló el rincón de la terraza.

—Tráeme esa bolsa, la verde. Debajo de las blancas.

Andrés dejó la fregona y acercó la bolsa a su padre. Julio la abrió, hundió la mano, sacó un puñado de pienso y se acercó a la baranda del balcón con la garrota.

—Ésta siempre vuelve.

Por si no fuera poco, la paloma empezó a comer dando atisbos de una hospitalidad que le estaba vedada.

—Papá, mamá está a punto de llegar.

Andrés fue a la tumbona, tomó la bolsa y la ocultó en el rincón. Al agacharse para anudarla, sintió el deseo de meter la mano entre el trigo y la veza.

Así no harás nada. Recordó a su padre cuando le unía una mano a la otra, siendo muy niño, y le enseñaba cómo dar de comer a las palomas.

—Tienes que llenarte las manos de pienso.

*—Sólo come esa, las otras son tontas.
No se acercan, les da miedo.*

*—Tú sí que tienes miedo, pareces una
paloma asustada. Por qué iban a acercarse,
si no das nada de ti. Llénate las manos.
Vacía la bolsa.*

*Y mientras lloraba, desconcertado por
el modo en el que le hablaba su padre, veía
a su madre sentada en el banco, y aunque
ella le miraba, la sentía lejana, desconocida,
por lo que más fuerte gritaba incapaz de
contenerse, hasta que su padre, de cuclillas
junto a él, giró la cabeza en dirección al
banco, justo cuando ella volvía la cabeza
buscando la carretera.*

Silvia Fortuny

El joyero

Tres minutos. De tres minutos disponía Adela para observar al cliente y obtener las máximas impresiones sobre él, al cabo de tres minutos su jefe, el detective Carlos Quintana recibía al cliente en su despacho.

La especialidad del detective Carlos Quintana eran los adulterios de toda índole. Si en sus inicios tenía ambiciones éstas se habían diluido ante la urgencia de la cotidianidad y un matrimonio fallido con hijos a los que debía pasar una pensión, desproporcionada a su criterio.

Como ya intuyó Adela en esos tres minutos, el cliente que tenía delante no venía para espiar ningún adulterio. Su actitud era tranquila, no muy preocupado ni concentrado, como suelen estarlo quienes tienen sospechas sobre su pareja. Vestía de forma sencilla y pulcra. No, pensó Adela, éste viene por otro asunto.

Carlos Quintana, tras los tres minutos establecidos, atendió al cliente, el cual sin rodeos le formuló el motivo por el cual requería los servicios del detective.

El cliente se presentó. Alberto Mínguez García, mientras tendía la mano al investigador y sin más preámbulos añadió:

—Verá Mi madre murió hace un mes. De un infarto según el forense, quiero que encuentre quién estaba con Ella en ese momento.

—¿Piensa usted, preguntó Quintana, que esa persona la mató?

—No, murió a causa del infarto, pero había alguien con Ella. Faltaba un joyero o para ser más exactos: el joyero

—¿Es de mucho valor?

—No, en absoluto, es un joyero común, quizá algo antiguo ya, pero sin valor, sin ninguna característica especial. Cuadrado, de piel color vino y forrado con una tela amarilla, no tenía ningún otro distintivo.

Carlos Quintana hizo además de decir algo, pero el cliente le detuvo con un gesto.

—No, espere-espere. Si el joyero tuviera valor hubiera podido atribuir su falta

al robo, pero justamente lo insignificante de ese objeto es lo que me inquieta

—Quizá su madre lo tiró, se lo dio a alguien, se le rompió...

La mirada que Alberto Mínguez dirigió a Carlos Quintana ante esas posibilidades indicaba que lo que acababa de indicar el detective era una estupidez.

—No, en absoluto. Ese joyero no tenía valor material pero sí afectivo, ese joyero lo heredó de mi abuela. Yo siempre vi el joyero en la cómoda de mi madre y además Ella seguía utilizándolo.

Carlos Quintana pensó que ese no era caso para él, con los adulterios no era necesario acercarse al investigado, bastaban unas fotografías comprometedoras hechas a distancia con el zoom, unos días de seguimiento y aquí terminaba todo. Pero un caso como ese le obligaría a husmear a hacer preguntas, entrar en la casa de la fallecida, en fin... que...

Esto pensaba Quintana cuando oyó al cliente añadir:

—Por los honorarios no debe preocuparse, puedo permitírmelo, incluso si

necesita un anticipo, en este momento se lo puedo dar

Quintana recordó la pensión alimenticia, aceptó y ya que veía al cliente tan dispuesto no tuvo reparo en subir su tarifa.

Una vez Alberto Mínguez hubo informado a Quintana sobre familia, amistades, allegados que supieran de ese joyero, éste se puso en marcha.

Empezó por dar vueltas por el barrio, a entrar con cualquier pretexto en las tiendas donde la madre de su cliente solía comprar. Se plantó cinco días delante de la casa, reemplazándolo Adela cuando era necesario. Durante todo ese tiempo no hubo nada que le indujera a ninguna conclusión y tuvo que hacer aquello que le daba tanta pereza: husmear. Husmear entre los vecinos. – suerte que eran pocos – pensó. Con la vecina puerta por puerta de la fallecida poco se podía sacar, era más mayor que la muerta, sorda y estaba muy afectada por lo sucedido, ya que según le dijo, no sólo eran vecinas, sino muy amigas. Dato ratificado por su cliente. El resto de vecinos no oyó nada.

Carlos Quintana estaba en un punto muerto.

Fue Adela quién señaló:

—Qué curioso, la difunta se llamaba Carmen García Solano y su vecina Sagrario García García

Carlos Quintana sabía que ese comentario no era al azar y significaba: “tira por ahí, inútil”, y sí, Quintana prosiguió la investigación por ahí.



—Ah! ¡¡¡Es usted!!! Pase-pase. Un momento que me pongo el aparatito para poder oírle bien. Suerte tenbgo de la luz que tengo en la salita que me avisa de las visitas, esto de la sordera es una murga, joven

—Sra. García García o como debo llamarla, García Solano?

Sagrario apenas se inmutó

—¿Lo ha descubierto? Sí, éramos hermanas de madre. Mi madre me tuvo de soltera, ya sabe, otros tiempos. Después se casó con el padre de Carmen y yo me crie

con una tía. El resto es demasiado largo para contárselo.

—¿Por qué el joyero? — inquirió Quintana

—Era lo único que yo hubiera tenido de mi madre, nunca le pedí nada a Carmen, nos llevábamos bien, salvo en eso. Ese día, yo me puse muy obstinada, quería el joyero, casi le supliqué que me lo diera y Ella se negó. Con el acaloramiento le sobrevino el infarto, debe creérme ni siquiera la toqué, yo no quería ese final. Pero sí, me llevé el joyero.

Carlos Quintana se debatía entre la pensión alimenticia a sus hijos y la inutilidad de decirle la verdad a su cliente.

—Lo siento Sr. Mínguez, no he podido obtener ningún resultado. Hay que descartar a sus familiares y sus amistades, con la edad que tienen, no parece que estén interesados en llevarse un joyero sin valor. Y los vecinos no oyeron nada.

Y se jugó su carrera añadiendo:

—No obstante, si tiene dudas sobre mis indagaciones, puedo dirigirle a un colega más especializado que yo en estos casos.

—Quizá lo haga, pero han pasado bastantes días y mi mujer dice que no me obsesione, que quizá nunca llegue a saber quién estaba con mi madre. Si me da la minuta se lo pago en efectivo ahora mismo.

—No, no es necesario, el adelanto que me dió ha cubierto todos los gastos.

Alberto Mínguez se despidió y Carlos Quintana, se sentó delante de Adela y le espetó:

—Adulterios, Adela, sólo Adulterios.

Juan Pablo Fuentes

Amazon pone a una inteligencia artificial a escribir best-sellers

Aunque ya se habían dado pasos en ese sentido (The strange world of computer-generated novels) acaba de salir una noticia preocupante. En New Yorker han investigado sobre los avances de la inteligencia artificial (We must be frightened of ai) y han descubierto que en Amazon llevan desde hace tiempo desarrollando una Inteligencia Artificial capaz de escribir novelas.

Con los mismos algoritmos que son capaces de identificar patrones y analizar el big data han procesado más de un millón de novelas que han sido super ventas en la plataforma de Amazon. A partir de ahí han generado unos esquemas de historias con múltiples variantes, en diferentes categorías (novela negra, romántica). Una vez construido el armazón de la historia se incorporan los personajes, seleccionando los que han resultado más atractivos para el

público. A partir de esos materiales la IA escribe la novela.

A modo de prueba solicitaron del algoritmo cinco novelas. Se mandaron con pseudónimo a diferentes editores y críticos literarios. La respuesta fue desoladora 'Lo peor que he leído en mucho tiempo' 'Un conjunto de clichés estridentes' 'Totalmente impubicable' 'Me sangran los ojos'. Pero en Amazon no se desanimaron, las han publicado en su plataforma como 'autoedición' y, según afirman, no les va nada mal.

«Están entre las diez más vendidas de cada categoría, ya hemos amortizado el coste de investigación, a partir de aquí todas las que escribamos serán beneficio». Según el algoritmo las diferentes combinaciones les podrían permitir escribir hasta 2.164.234 novelas diferentes. 'Haga cuentas, esto va a ser una mina de oro.' Preguntados sobre la calidad literaria responden 'La calidad no nos interesa, nunca nos ha interesado. Nosotros somos una empresa y queremos ganar dinero, un libro es bueno si vende mucho'.

De momento nadie parece darse cuenta de que las ha escrito una máquina 'Se habla mucho del escritor artista, pero son los menos. La mayoría no son más que un atajo de juntaletras. Esta máquina nos va a permitir eliminarlos de la ecuación, porque aunque les pagábamos poco siempre eran muy molestos, con sus egos desmesurados y sus ínfulas pretenciosas. Ya no nos van a hacer falta.'

Según afirman están afinando el algoritmo de escritura para que sea capaz de escribir con el 'estilo de', 'Alimentamos la máquina con los libros de un determinado escritor y capta sus tics, la prosodia del estilo. De momento no funciona al cien por cien, pero cuando lo haga acabaremos de cerrar el círculo. Claro que hay autores inimitables, los que son genios de verdad, pero no importa porque a esos no los lee nadie.'

Otro sector al que la inteligencia artificial parece que va a dejar sin trabajo.

EVÉNTRIDOS

10-Enero-2019

Recital de poesía y música.
Organiza Juan Pablo Fuentes.

26-Enero-2019

Presentación: «Rojo, diario de un psiquiátrico» de **A. M. Vidal**.



Se puede obtener en:

[https://www.editorialselee.com/es/detalles/
-rojo-diario-de-un-psiquitrico-1060/](https://www.editorialselee.com/es/detalles/-rojo-diario-de-un-psiquitrico-1060/)

02-Febrero-2019

In Vino Veritas. Escrituras acompañadas de una copa de vino.

17-Febrero-2019

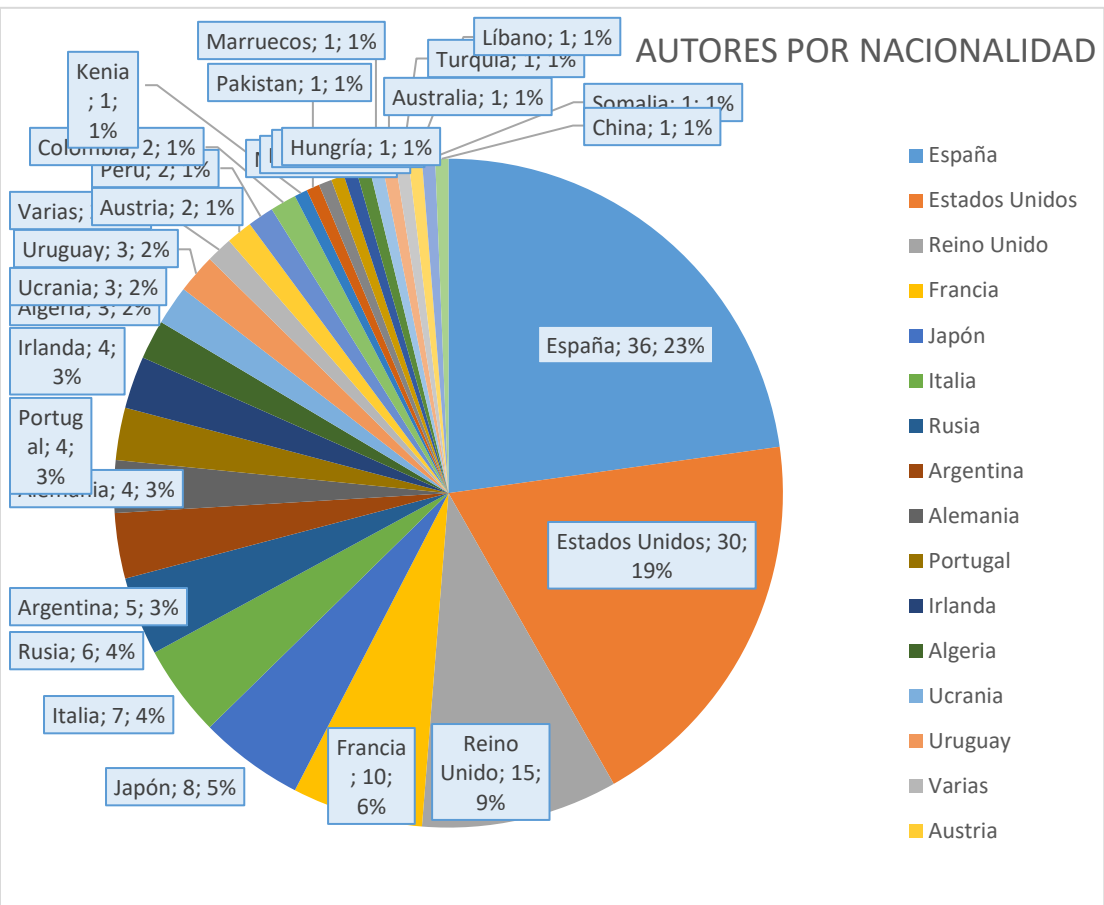
Movimiento poético internacional. Lecturas poéticas, en el Ateneo Barcelonés.
Autora letraherida, **Rosa Reis León.**



**ESTADÍSTICAS
DE LAS
LECTURAS**

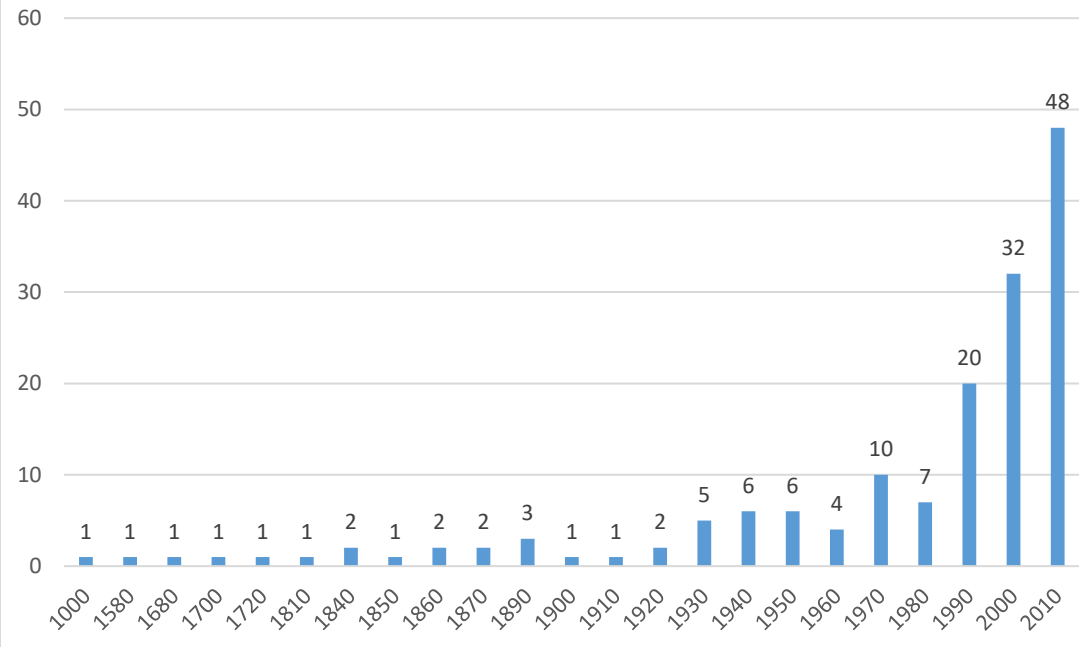
Datos
13-10-2018 a 12-02-2019

Autores por nacionalidad



Decadas de publicación

RECOMENDACIONES POR DECADA DE PUBLICACIÓN





LETRINUARÁ...